

BRITANIA, VIRIDE MALUM
Escrito por la alumna de 2º BH Paula Garay
Accésit del Festival Juvenil de Teatro Grecolatino de Gijón

Año 54 a.C.

Recuerdo cuando, entre la neblina, vislumbré por primera vez aquellas costas. Costas verdes y salvajes, bien acantiladas o delicadamente hundidas por la lengua salada del mar. *Britania* llamamos a su tierra, húmeda y fría, como una manzana recién mordida, y vagamente iluminada por un halo de luz plateada que se filtraba por el manto de nubes blancas que casi siempre cubría su porción de cielo.

Desde el primer amarre supe que mi legión, del mismo modo que mi propio olfato, sentía algo sobrenatural en aquel aire frío, hábil para colarse entre los pliegues del bronce y estremecer la piel, como dedos diminutos de una mano de mujer. El viento arrastraba consigo los ecos de la isla, voces y músicas diversas, cuya diversidad no era, no obstante, objeto de nuestro interés, pues sobre todo ello habíamos venido a imponer lo nuestro.

La misión de sembrar la propia bandera nos llevó a penetrar en el verdor de los más calados bosques, inicuos, sin trazado alguno ni rastro de caminos que condujesen a ninguna parte.

Anduvimos en busca de un horizonte trazado, quizá, con líneas de montañas, mas no hallamos más que la aceitunada y monótona campiña, de tanto en tanto salpicada por bárbaras marañas de árboles más oscuros, e igualmente húmedos.

A orillas de un río de buen caudal topamos dos asentamientos aborígenes, *Llyn* y *Din*. Ambos habían sabido servirse de la riqueza del torrente para propiciar sus actividades comerciales, si bien no dejaban de ser poblaciones pobres en conocimientos y con un subdesarrollo técnico apreciable a todos los niveles. Mi estrategia entonces me resultó hartamente absurda de tan sencilla que me fue su concepción: unificaríamos entrambos poblados bajo el abrazo de regias murallas que dotaran de un margen mayor al perímetro por entonces habitado. Así nació en mi mente *Londinium*, cuyo traslado a la realidad nos costaría duras batallas y numerosas pérdidas. Sin embargo, como bien sabéis quienes tan sólo leéis mis nuevas, sentados al abrigo de vuestra hipocresía desde la sede del imperio, nada ni nadie se resiste al deseo del César. Y, en efecto, así fue.

No podré decir que nada he aprendido de *Britania*, ahora que navegando me encuentro de regreso a casa, pues mentiría si no dijese que su experiencia fue como conocerme a mí mismo. Como pretender conquistarme, a mí, el inconquistable. Como intentar luchar contra mi propia testarudez y rechinar la hoja de mi espada contra mis propias armas. *Britania* y los bretones no perdieron su honor aún bajo su conquista, y de hecho aún los hay que se resisten, en otros recovecos de la ínsula, escondidos de la vista de mi fascinación, saciada y perezosa, sin ánimo de abarcar más. Parto, sí, es cierto, pero sin haber impuesto otros nombres que hayan de borrar la gloria de los suyos, en fuertes y poderosos. *Londinium* pasará a la historia, aunque nadie recuerde su origen, su esencia impregnará los labios de quienes lo llamen, con la huella de una lengua que habrá de desaparecer bajo la mía, pero no perecerá.

Britania queda lejos ya, al otro lado de un mar demasiado frío, y yo ya he cumplido mi labor allí. Ella será siempre para mí un sonido, el del golpe seco de las gotas de lluvia sobre las lorigas, el del grito de la mujer guerrera. *Britania*, auténtica. *Britania* feroz.

La Gran Britania.

Caius Iulius Caesar